

¿Certeza científica *versus* intuición humanística? Notas sobre un falso debate

*¿Certeza científica versus intuição humanista?
Notas sobre um falso debate*

*Scientific certainty versus humanistic intuition?
Notes on a fake debate*

Diana Guillén Rodríguez*

Resumen

Las reflexiones que se desprenden de este artículo parten de la premisa de que no se necesita reproducir los criterios epistémicos y las estrategias metodológicas con los que desde el siglo XIX se valida el rigor científico de las ciencias sociales. Su deslinde del campo de conocimiento humanístico fue promovido por las contribuciones de pensadores como Auguste Comte y Émile Durkheim, quienes dieron vida a un espejismo que parece prolongarse hasta la fecha: si se imita lo que hacen los físicos, los químicos y los biólogos, se puede interpretar con certeza el devenir de la sociedad. Ese espejismo sigue atrayendo a las nuevas generaciones y la influencia de los modelos que en su momento desarrollaron los padres fundadores de la sociología, puede rastrearse, a primera vista, en propuestas novedosas como las de Gary King, Robert Keohane y Sidney Verba sobre el papel de la inferencia científica en las investigaciones cualitativas. Para analizar los límites y alcances de tales estrategias de producción de conocimiento, recupero tres vertientes del pensamiento crítico: a) la latinoamericana, con las propuestas de Sergio Bagú sobre la relación praxis transformadora/procesos cognitivos y de Hugo Zemelman acerca de los límites del conocimiento que contempla lo dado e ignora lo indeterminado; b) la decolonial en la línea de la epistemología del Sur de Boaventura de Sousa Santos, y c) la microhistoria italiana desde la noción del paradigma indiciario de Carlo Guinzburg.

Palabras clave: producción de conocimiento, rigor científico, ciencias sociales, humanidades, ciencias duras, ciencias blandas.

* Socióloga, maestra y doctora en Estudios Latinoamericanos con orientación en Ciencias Políticas y Sociales por la UNAM. Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y del Programa de Posgrado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM. Investigadora del Instituto José María Luis Mora, Ciudad de México. Líneas de investigación: instituciones, prácticas y representaciones socio-políticas; apropiaciones, usos y transformaciones del espacio; uso de la imagen como fuente para la investigación social. E-mail: <dguillen@institutomora.edu.mx>.

Resumo

As reflexões que emergem deste artigo partem da premissa de que não é necessário reproduzir os critérios epistêmicos e as estratégias metodológicas com as quais desde o século XIX vem sendo validado o rigor científico das ciências sociais. Sua demarcação do campo do conhecimento humanístico foi promovida pelas contribuições de pensadores como Auguste Comte e Émile Durkheim, que deram vida a uma miragem que parece continuar até hoje: se você imitar o que fazem os físicos, químicos e biólogos, você pode interpretar com precisão o futuro da sociedade. Esta miragem continua a atrair as novas gerações e a influência dos modelos que os pais fundadores da sociologia desenvolveram na época pode ser rastreada, à primeira vista, em propostas inéditas como as de Gary King, Robert Kehoane e Sidney Verba no papel de inferência científica em pesquisas qualitativas. Para analisar os limites e o alcance de tais estratégias de produção de conhecimento, recupero três vertentes do pensamento crítico: a) o latino-americano, com as propostas de Sergio Bagú sobre a relação entre práxis transformadoras/processos cognitivos e de Hugo Zemelman sobre os limites do conhecimento que contempla o dado e ignora o indeterminado; b) o decolonial na linha da epistemologia do Sul de Boaventura de Sousa Santos, e c) a micro-história italiana a partir da noção de paradigma indicativo de Carlo Guinzburg.

Palavras chave: produção de conhecimento, rigor científico, ciências sociais, humanidades, ciências duras, ciências brandas.

Abstract

The reflections that constitute this article are based on the premise that it is not necessary to reproduce the epistemic criteria and methodological strategies which have validated social sciences' scientific rigor since the 19th century. Social sciences' separation from the field of humanistic knowledge was promoted by the contributions of thinkers such as Auguste Comte and Émile Durkheim, who gave life to a mirage that seems to continue today: if one imitates what physicists, chemists and biologists do, one can interpret the evolution of society with certainty. This mirage continues to attract new generations, and the influence of the models developed by the founding fathers of sociology can be traced in novel proposals such as those of Gary King, Robert Kehoane and Sidney Verba in the role of scientific inference in qualitative research. In order to analyze the limits and scope of such strategies of knowledge production, I recover three strands of critical thinking: a) the Latin American one, based on Sergio Bagú's proposals on the relationship between transformative-praxis and cognitive processes, and Hugo Zemelman on the limits of knowledge that contemplates the given and ignores the indeterminate; b) the decolonial along the line of Boaventura de Sousa Santos's epistemology of the South, and c) Italian microhistory considering the notion of Carlo Guinzburg's indexical paradigm.

Keywords: production of knowledge, scientific rigor, social sciences, humanities, hard sciences, soft sciences.

Más de una vez se ha puesto en duda el estatuto científico de las disciplinas encargadas de estudiar los procesos sociales. Su referente inmediato suelen ser otros campos del conocimiento en los que se han construido métodos y técnicas acordes con objetos de investigación que se vuelven aprehensibles al experimentar sobre ellos, o bien, al sistematizar variables a las que se reconocen rangos aceptables de predictibilidad.

A diferencia de las llamadas ciencias duras, las sociales difícilmente podrán aislar y reproducir los elementos a probar en un escenario diseñado con ese fin, pero comparten con aquéllas una esencia ontológica: en ambos casos su razón de ser es la explicación de entornos que se erigen a partir de condicionantes de diverso tipo y cuya complejidad difícilmente podrá aprehenderse si se aíslan las variables físicas de las sociales, y estas últimas de las humanas. Sin importar la disciplina y/o campo al que se dirija la mirada, los puntos de encuentro pasan por plantear preguntas a resolver en función de certidumbres y supuestos previamente moldeados, construir respuestas con las que se contrastan certezas y presunciones iniciales y cerrar el ciclo produciendo nuevos saberes.

Desde tal perspectiva y de cara al siglo *xxi* surgen al menos tres grandes interrogantes: ¿cómo asegurar el rigor del conocimiento sobre los procesos que genera la interacción social sin perder la especificidad de este tipo de objeto de estudio?; ¿cuáles son las fronteras que unen/separan los campos de las ciencias sociales y de las humanidades?, y ¿qué esperar de tales disciplinas en el futuro?

Los planteamientos que a continuación desarrollo aventuran algunas hipótesis al respecto y tienen su origen en la premisa de que no es necesario imitar los criterios epistémicos y las estrategias metodológicas con los que desde el siglo *xix* se valida el rigor de las ciencias sociales. El deslinde entre estas últimas y un conocimiento humanístico con antecedentes de larga data fue promovido por las contribuciones de pensadores como Augusto Comte y Émile Durkheim, quienes dieron vida a un espejismo que parece prolongarse hasta la fecha: si se imita lo que hacen los físicos, los químicos y los biólogos, por mencionar los ejemplos más comunes, se puede interpretar con certeza el devenir de la sociedad.

Al paso del tiempo ese espejismo sigue atrayendo a nuevas generaciones y la influencia de los modelos que en su momento desarrollaron los padres fundadores de la Sociología es rastreable incluso en quienes pretendemos deslindarnos de tal influjo. Las consecuencias de tales posturas epistemológicas, además de limitar los alcances del conocimiento construido desde las disciplinas que analizan los procesos sociales, inciden en el diseño de las políticas públicas que regulan la investigación, la docencia y la formación de nuevas generaciones de estudiosos.

Transformar paradigmas interiorizados y reproducidos en el día a día de las prácticas académicas no es tarea sencilla, sin embargo, los esfuerzos para avanzar por dicho camino de más en más adquieren forma e invitan a nutrir las múltiples aristas de un debate que trasciende el campo teórico en el que originalmente se inscribe. A continuación recuperaré algunos botones de muestra de ello, en el entendido de que todavía falta un buen trecho por andar si el objetivo es diseñar un modelo propio que, sin renunciar al rigor científico, cuestione la unidimensionalidad con la

que suele asociársele y se traduzca en nuevos formatos de producción y evaluación del conocimiento que reviertan algunas de las distorsiones del quehacer académico favorecidas en América Latina por las visiones positivistas.

¿Qué se entiende por rigor científico?

Lo primero que al respecto conviene recordar es que cuando hablamos de ciencia nos referimos a una estrategia epistemológica que se consolidó hace apenas dos siglos. De entonces a la fecha se ha extendido su hegemonía como la única fuente válida de verdades, aun cuando en estricto sentido constituya “simplemente una forma de conocimiento histórica entre otras formas de conocimiento humano: el arte, el sueño, la mística y la práctica técnica cotidiana producen igualmente conocimientos que en muchos casos son valorados tan ‘verdaderos’ como los que se denominan *científicos*” (Krotz, 1992:8).

La manzana de la discordia representa en este caso la disputa por “la verdad”, categoría cuya contundencia discursiva contrasta con la ausencia del consenso que a lo largo del tiempo ha existido para definirla. Su delimitación ha sido objeto de variadas reflexiones filosóficas. Entre las múltiples maneras que desde un inicio se han abierto para aprehender su esencia están las que destacan atributos que no siempre se contradicen entre sí: como correspondencia o relación, perspectiva compartida por Platón y Aristóteles, que continúa predominando en la lógica contemporánea; como revelación, sea que se le asocie con las sensaciones y la intuición frente a fenómenos dados, o que se le remita a un plano teológico; como conformidad con una regla, su concordancia con el concepto –si pensamos en Platón– o con los criterios generales del entendimiento para Kant; como coherencia, a partir de posturas que consideran irreal lo que resulte contradictorio, y como utilidad, postura esbozada originalmente por Nietzsche y en la actualidad propia de la filosofía de la acción (Pupo Pupo, s/f).

Se ponga el acento en sus matices subjetivos o en sus condicionantes objetivas, la carga polisémica que marca a la noción de verdad es grande. Así por ejemplo, más que producto de debates sistematizados que los propios autores hayan sostenido, los puentes entre Paul Ricoeur y Michel Foucault (Delpuch, 2018), o entre este último y Alain Badiou (Farrán, 2014), se deben a propuestas ajenas a ellos, valiosas en sí mismas pero limitadas a la hora de trascender dicha polisemia.

Al respecto es sugerente un ejercicio videográfico que capta el diálogo a cinco voces entre Foucault, Ricoeur, Badiou, Jean Hyppolite, Georges Canguilhem y Dina Dreyfus (Radio-Télévision Scolaire, 1965). Se trató de un experimento pedagógico que intentaba acercar la filosofía a los estudiantes franceses de liceo y que en esta emisión fue dedicado al tema “Fiosofía y verdad”. Su formato buscaba crear un ambiente más fresco que el que caracteriza a los debates académicos, y dos genera-

ciones de filósofos compartían la pantalla conversando lo mismo en una banqueta que durante su trayecto en automóvil o frente a una mesa y rodeados de libros (Carrou, 2017:76-77).

Además de las virtudes que el asincrónico encuentro haya podido tener como medio de difusión de la disciplina, los diálogos dan cuenta de algunas preocupaciones centrales en torno al concepto de verdad y de matices particulares a la hora de responderlas: ¿existen la verdad y el error en la filosofía?; ¿qué diferencia a una y al otro si el campo de análisis es la ciencia?; ¿cuál es la distinción entre la verdad y su esencia?; ¿cómo entender la contraposición entre verdades universales y verdades culturales?

Más que ofrecer respuestas contundentes, el video confirma la necesidad de seguir reflexionando sobre el tema y queda puesta en el tapete la premisa de que el objetivo de la ciencia es construir conocimiento apelando a la razón y a la evidencia. Con base en ambas se logra desentrañar la complejidad propia de la realidad a la que nos acerca, el punto es qué se entiende por evidencia y hasta dónde los métodos experimentales son los únicos que permiten identificarla/analizarla y, sobre todo, hasta dónde le confieren un carácter inamovible. La ausencia de verdades absolutas salta a la vista cuando se hace el seguimiento de las teorías desarrolladas en cierto momento y refutadas en otro al amparo de validaciones que, dependiendo de la disciplina de la que se trate, han tendido a sofisticarse al paso del tiempo. El matiz resulta importante porque ayuda a ubicar al saber científico en su justa dimensión: más que esperar de él verdades inmutables, debe entenderse como resultado del tratamiento sistemático de estímulos procesados en función de capacidades humanas y apoyos tecnológicos que las potencian.

Sin desechar las ventajas del método inductivo para dar vida a la ciencia empírica como propone la perspectiva popperiana (Popper, 2005:3-7), y tomando distancia de una estrategia para validar el conocimiento basada en la falsación del racionalismo crítico (Redman, 1995:122-124; Suárez-Íñiguez, 2008), conviene retomar la llamada de atención sobre el carácter dinámico del conocimiento científico para desacralizar su imagen. En lo que al estudio de la sociedad se refiere, seguir protocolos que facilitan la tarea de identificar recurrencias y particularidades y a partir de allí formular interpretaciones respaldadas por información verificable no equivale a asumir el triunfo del espíritu positivo por encima de las indagatorias teológicas, metafísicas o de cualquier otra índole.

Los esfuerzos de Auguste Comte (2012:245-271) por separar a la *física social* de la filosofía provenían tanto de su preocupación por la convulsa etapa que le tocó vivir en la Francia postrevolucionaria, como de su previa incursión en el campo de las llamadas ciencias duras (Velázquez, 2006:27-29). Su objetivo era que las sociedades

se rigieran bajo criterios de orden y progreso, y en ese sentido dirigió la mirada hacia la producción de conocimiento racional y empíricamente sustentado que permitiera formular leyes para regular ambos horizontes. La frontera que estableció entre las ciencias sociales y las humanidades fue producto de esa doble intencionalidad, pero terminó por convertirse en un filtro diferenciador con marcapos epistémicos. De entonces a la fecha el esfuerzo por validar las investigaciones en estos campos, a partir de referentes que no necesariamente deben/pueden aplicárseles, ha favorecido una suerte de competencia entre disciplinas con objetos de estudio similares a propósito de su mayor o menor cercanía con el método científico.

Desde la sociología, la economía o la ciencia política, por mencionar algunos ejemplos, parecería que se ha tendido a depositar en los *datos duros* la responsabilidad de imprimir valor al análisis cualitativo, cuando no de sustituirlo. Cualquier generalización al respecto sería injusta, no todos los científicos sociales reproducen este tipo de aproximaciones, pero por lo menos en México la dicotomía *cuanti versus cuali*, o teorías universales *versus* análisis particulares, está presente tanto en los programas que ofrecen la mayoría de las instituciones académicas, como en los criterios que se utilizan para catalogar y evaluar las prácticas respectivas o en las formas de asociación de las redes compuestas por pares.

Las fronteras disciplinarias no tendrían que convertirse en barreras; al contrario, para favorecer un avance tendencial hacia la generación de conocimiento riguroso deberían fortalecerse los puentes entre perspectivas metodológicas que resultan complementarias. Sólo así podrá darse cuenta de una realidad compleja y cuyas múltiples aristas son inaprehensibles cuando se las reduce a una imaginaria batalla entre objetividad y subjetividad. Las visiones esquemáticas que en uno y otro bando se han desarrollado trascienden el debate epistémico del que nacen; además de limitar el tipo de conocimiento que por separado pretenden producir, repercuten en el diseño y puesta en práctica de las políticas que norman la investigación y la docencia. En *Nuestra América*, para la confección de estas últimas, han predominado las perspectivas que asumen que lo objetivo se contrapone a lo subjetivo y que el análisis científico debe reducir al mínimo los elementos asociados con lo segundo. Los costos de este tipo de pensamiento son cuantiosos, pues no sólo se compromete el rigor epistémico al que paradójicamente apelan las estrategias positivistas, sino que se afectan desde el tipo de preguntas que se le plantean a la realidad, hasta las diversas formas de evaluación del conocimiento generado, incluidas las que determinan la posición e ingresos del personal académico.

Durante las últimas décadas, modelos cortados con la misma tijera se han impuesto desde el Río Bravo hasta la Patagonia. Ello ha propiciado efectos perversos que combinan estímulos para incrementar el número de publicaciones reduciendo las miras que guían las pesquisas con criterios de arbitraje y tablas de ponderación

editoriales que en su estandarización muchas veces pierden la que debería de ser su esencia como mecanismos garantes de que el conocimiento original sobre la realidad social se difunda.

Pueden haber variaciones dependiendo del país al que se dirija la mirada, pero el punto de partida es el mismo: la hegemonía de la apuesta por asociar el saber con datos materialmente cuantificables. Por ello es importante repensar qué hay atrás de las lógicas preponderantes en los campos de las ciencias sociales y las humanidades, y evidenciar que adoptarlas implica invisibilizar una parte de la actividad que se realiza en ellos. Ubicar su origen y volver la mirada hacia propuestas teórico-metodológicas alternativas –objetivo central del presente artículo– parte de la necesidad de poner a debate algunos de los efectos que en el día a día de los individuos y las sociedades tienen discusiones a primera vista centradas en la esfera epistemológica.

El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) ha colocado sobre la mesa algunas de las aristas a las que conduce el diálogo respectivo. El Foro Latinoamericano sobre Evaluación Científica¹ constituye un espacio regional en el que es posible identificar primero y debatir después, a propósito de los sentidos de políticas y procesos que premian o sancionan las contribuciones del quehacer científico. En buena medida, los rumbos que la actividad científica ha seguido están orientados por tales políticas y procesos, pero para impulsar mejores prácticas en ambos terrenos –objetivo central del Foro– conviene deconstruir un espíritu positivo que de manera esbozada o abierta ha logrado mantener los fueros que sentó cuando nació la sociología.

Junto a Comte, otros más han abonado el terreno para continuar por esa senda. El positivismo tuvo en autores decimonónicos como Émile Durkheim aliados importantes, a ellos de más en más se sumaron nuevos pensadores y conforme el siglo xx fue avanzando las ciencias sociales se consolidaron como un campo disciplinario independiente que produjo marcos teóricos y espacios metodológicos propios, y que ratificó su separación de las humanidades. El propio Durkheim reconoció las dificultades de tal transición: “Las ideas vigentes, un poco desconcertadas, se resistieron al principio con tanta energía que, durante algún tiempo, casi nos fue imposible hacernos oír [...] después la oposición se fue debilitando poco a poco” (Durkheim, 2001: 13-14). Los principios que guiaban las reglas para asegurar el rigor científico de la sociología, publicadas bajo su autoría en 1895, partían de la cosificación de la realidad social: “los fenómenos sociales son cosas y deben ser tratados como cosas [...] es cosa todo lo que está dado, todo lo que se ofrece o, más bien, se impone a la observación. Tratar a los fenómenos como cosas, es tratarlos en calidad de data

¹ Se puede consultar el sitio oficial del Foro Latinoamericano de Evaluación Científica en: <<https://www.clacso.org/folec/>>.

que constituyen el punto de partida de la ciencia” (Durkheim, 2001:68). Los intentos por deslindar esta dimensión de la filosófica y de la psicológica, y por ubicar en regularidades ajenas a la voluntad individual un criterio de objetividad –“los hechos más arbitrarios en apariencia presentan después al observador atento, rasgos de constancia y de regularidad, síntomas de su objetividad” (Durkheim, 2001:69)–, han constituido un pilar de la batalla por el reconocimiento de un estatuto que desde entonces se ha mantenido en el horizonte y al que por más esfuerzos que se realicen no se consigue acceder plenamente.

Como aquellos hijos que recurren a pruebas de ADN para demostrar sus lazos con sanguíneos cuando los padres niegan estos últimos, parecería que en la actualidad las ciencias sociales se empeñan en reconstruir los componentes de una suerte de ADN científico al que puede accederse vía inoculación. El problema es que quienes portan el original no terminan de aceptar el parentesco. Un resultado de ello es que se deposita tanta energía en tratar de probar que se es digno de pertenecer a la familia científica, que se olvida que los puntos de encuentro con la familia humanística son mayores y que, unas y otras, poseen genes igualmente útiles cuando de estudiar a la sociedad y a las personas se trata.

El deslinde inicial era entendible y aun cuando puedan mantenerse diferencias con los principios del enfoque positivista, el legado para la investigación social de pensadores como Comte y Durkheim ha demostrado, a mi juicio, ser indiscutible. Lo mismo podría decirse de Max Weber o de Karl Marx, quienes, desde posturas distintas entre sí, también pugnaron por imprimirle un carácter científico a los estudios sobre la sociedad. En su caso, el modelo no era la física social comtiana y, más que ruptura con las humanidades, en particular con la historia, incorporaron dicho campo del conocimiento como elemento central de sus análisis.

Weber entendía a la ciencia como resultado del triunfo de la razón: “El progreso científico constituye una parte, la más importante, de ese proceso de intelectualización al que, desde hace milenios, estamos sometidos [...] [y] se ha excluido lo mágico del mundo” (Weber, 1979:198-199), y aunque veía en ella la posibilidad de avanzar hacia un mejor uso del entorno con el apoyo de la tecnología, no depositaba en sus resultados un valor utilitario. Cuestionaba su sentido universalizante y en el ámbito de lo social proponía que el conocimiento construido a su amparo apuntaba a la comprensión de dinámicas complejas sólo explicables de manera multicausal y en perspectiva histórica.

Para evitar perderse en la singularidad asociada con el análisis diacrónico y a la vez reacio a formular leyes generales como lo había hecho Marx, Weber se auxilió del *concepto*, entendido como “uno de los mayores instrumentos del conocimiento científico” (Weber, 1979:203), aclarando “el carácter absurdo de la idea, que prevalece

incluso entre los historiadores de nuestra disciplina, de que la meta de las ciencias de la cultura, por lejana que esté, podría consistir en la formación de un sistema cerrado de conceptos, en el cual la realidad quedaría abarcada en una suerte de articulación *definitiva*, y de la cual pudiera ser deducida luego nuevamente” (Weber, 2001:73). Optó en cambio por una herramienta metodológica que sigue siendo utilizada a pesar de que él mismo y posteriores autores han señalado sus posibles limitaciones heurísticas (Sánchez de Puerta Trujillo, 2006:15-19): los tipos ideales.

En suma, desde el siglo XIX se plantearon alternativas para definir el quehacer de las ciencias sociales sin que el rigor de las mismas dependiera de su cercanía con los métodos y premisas de las llamadas ciencias de la naturaleza, ni mucho menos de su deslinde de las humanidades. Sin embargo, los preceptos de la física social comtiana impusieron sus fueros y la distinción entre datos duros y blandos se ha generalizado como fuente de validación diferenciada: mientras los primeros reflejan objetividad y respuestas contrastables, definitivas e indiscutibles, los segundos carecen de todo ello y, por lo tanto, no son suficientemente confiables como para ser admitidos en el “olimpico científico” (Escalante Gonzalbo, 2016:19-20).

Ciencias duras *versus* ciencias blandas

Si para ser considerado ciencia el análisis de lo social debe partir de datos duros, y si la construcción de estos últimos pasa por el tipo de rigor al que aspira el positivismo, conviene preguntarse ¿por qué insistir en ser parte de ese mundo? Las posibles respuestas son diversas y a la cabeza de todas está la mayor valía que se deposita en este tipo de conocimiento, pero los cuestionamientos a tal presunción se han ido acumulando a lo largo del tiempo. Por un lado, desde su nacimiento se ha dotado de sentidos distintos al quehacer científico, mientras que por otro, se ha reivindicado la pertinencia y validez de saberes que, sin necesidad de contar con dicho apellido, son resultado de indagatorias serias y explicativas de la realidad.

Nuestros objetos de estudio incluyen una dimensión relacional (Bunge, 1979:79) cuyas manifestaciones no son físicamente aprehensibles, por lo que la inferencia constituye un mecanismo cognitivo importante. Podría argumentarse, con razón, que dicho mecanismo tampoco es propio sólo de la investigación social, pues está presente en todos los campos disciplinarios. El punto es que dentro de las humanidades, al momento de inferir, se recurre tanto a la lógica deductiva como a la inductiva. La primera se acerca más a las expectativas e imaginarios que se tejen alrededor de las concepciones tradicionales de la ciencia, pues transita de lo general a lo particular y de lo complejo a lo simple, buscando explicar las características de los fenómenos a partir de un conjunto de observaciones que ofrezcan información tangible y se conviertan en datos objetivos (King, Keohane y Verba, 2000:66-74), mientras que la segunda pone el acento en un nivel cualitativo que, sin dejar de lado

el rigor, transita por un camino inverso y privilegia al sujeto.

El *paradigma indiciario* de Carlo Ginzburg (1999), quien para reconstruir procesos estructurales utiliza como fuentes clave las señales generadas por acciones individuales en apariencia insignificantes, constituye un buen ejemplo de la diferencia entre uno y otro camino. Emulando las experiencias del crítico de arte Giovanni Morelli, del escritor Arthur Conan Doyle y del padre del psicoanálisis Sigmund Freud, Ginzburg (1999:138-175) trasciende la disputa entre racionalismo e irracionalismo para proponer que desde las ciencias humanas se asuma un método interpretativo basado en el análisis de detalles a primera vista marginales, y se recuperen prácticas de transmisión de saberes presentes desde la antigüedad, incluida la valoración de formas de comunicación oral que atrás de su contenido mítico esconden minuciosas observaciones de la realidad. Sus propuestas, pensadas sobre todo en función de la experiencia historiográfica, aplican para todas las disciplinas sociales y valdría la pena tomarlas en cuenta ante la disyuntiva cada vez más evidente a la que parecen enfrentarse: “o asumen un estatus científico débil, para llegar a resultados relevantes, o asumen un estatus científico fuerte, para llegar a resultados de escasa relevancia” (Ginzburg, 1999:163).

Definir qué se entiende por manifestaciones cognitivamente aprehensibles y mediante qué canales se accede a ellas constituye quizá el reto central. En el camino aparecerán elementos *medibles* y otros más a los que solamente es posible acercarse a través de pistas en apariencia secundarias que, sin embargo, permiten inferir características primarias. Explicitar las posturas epistémica y metodológica que sustentan trabajos de investigación sobre procesos cuyos observables no necesariamente lo son de inicio, independientemente de si se parte de una lógica positiva o si se asumen criterios que la cuestionan, resulta de particular relevancia para no ofrecer ni más ni menos de lo aporable en términos de construcción de conocimiento.

Cuando en el siglo XVII Galileo afirmó que la naturaleza estaba escrita en lenguaje matemático y sentó las bases para interpretarla como conjunto coordinado de fenómenos cuantitativos, colocó a la verificación experimental de presunciones hipotéticas en la base del método científico. Sus aportes para el diseño de este último son innegables, al igual que los avances e innovaciones que de entonces a la fecha se han derivado del mismo, pero la rigidez de los modelos que se han ideado para generar un tipo de dato y de análisis no necesariamente trasladable a nuestras disciplinas termina por convertirse en una cortapisa más que en un auxiliar. Cuando los esfuerzos se concentran en demostrar que el trabajo sociológico posee el mismo valor que el que llevan adelante los físicos, por momentos se olvida que la pretensión de generar conocimiento científico tiene su origen en el rigor y niveles de validación que lo caracterizan, atributos ambos que se diluyen al relegar la subjetividad y la dimensión cualitativa de los procesos sociales.

Más que la lógica experimental, conviene adoptar de la ciencia su espíritu inquisitivo y el principio de sistematicidad: “la ciencia proporciona métodos para pensar, instrumentos y disciplina para hacerlo” (Weber, 1979:221). No se trata de renunciar a producir conocimiento sustentado en datos confiables y construidos de manera rigurosa, ni de obviar expresiones que resultan indispensables para entender y explicar la vida en sociedad, habría en cambio que recuperar ambos niveles y superar el falso debate entre objetividad universalizante *versus* subjetividad particularizante asociado con la idea igualmente cuestionable de que al rigor cuantitativo se opone la intuición cualitativa.

Conceptualmente hablando, el uso de instrumentos cualitativos para recopilar información, la selección de muestras intencionales y la construcción de matrices cualitativas de datos pueden combinarse con los métodos estadísticos si las preguntas que guían la investigación así lo requieren. Lo cuantitativo y lo cualitativo no deben entenderse como estrategias divorciadas, por el contrario, son complementarias pues se dirigen a dimensiones diferenciadas de la realidad social que tejen nudos entre sí, aunque analíticamente puedan escindirse. Lo cualitativo interpreta lo cuantitativo, pero lo hace cuestionando qué se cuantifica, cómo se cuantifica y para qué se cuantifica. Más que pensar en dos polos que se repelen entre sí “habría que concebir el método estadístico como una manera de enriquecer el análisis, así como los estudios cualitativos informan sobre ámbitos que difícilmente alcanza la estadística” (Cortés, 2000:123).

El análisis de lo social se alimenta, entre otras cosas, de prácticas, percepciones, actitudes y patrones anímico-reflexivos. Identificar y procesar la lógica y comportamiento de tales referentes sería difícil si los únicos insumos con los que se contara proviniesen de *macrodatos*. La vida en sociedad genera un actuar colectivo al que sólo artificialmente puede cercenársele su esencia humana, de allí que las estrategias de investigación que mediante fórmulas matemáticas u otras medidas de control han buscado ampliar sus márgenes de confiabilidad (King, Keohane y Verba, 2000:87-124), al final del día lo que consiguen es dar cuenta parcial y fragmentada de una realidad que escapa a tales formas de control.

Puesto así, el rigor del conocimiento que las ciencias sociales aspiran a construir incluye dimensiones para las que el uso de metodologías y técnicas cualitativas, lejos de representar un déficit de cientificidad, abre caminos que enriquecen su sentido. De igual manera, los prejuicios frente a la necesaria imbricación entre praxis y producción de conocimiento se caen por su propio peso, y la imagen del científico que de manera aséptica deja fuera del laboratorio emociones, sentimientos e ideología –imagen que por lo demás tampoco se ajusta a lo que sucede en el campo de las ciencias duras–, pierde verosimilitud.

Quien investiga es a la vez sujeto y objeto de estudio, el desafío que ello implica para el positivismo se ha tratado de resolver apelando a una neutralidad que sólo podría ponerse en práctica si nuestra esencia humana fuera removible a voluntad, además de omitir el papel que intencionalmente o no jugamos en el devenir social. Si aceptamos que este último resulta del modo como los hombres se relacionan entre sí y que la realidad a analizar se construye momento a momento a partir de una praxis que incluye acciones y omisiones (Bagú, 1999:81-84), concluiremos que lo social-humano más que un objeto predeterminado constituye un tipo de realidad cuya permanente construcción sólo puede aprehenderse bajo el supuesto de que se la modifica al producir conocimiento sobre ella (Zemelman, 2011:43-48).

Se trata de procesos de intergeneración que, dependiendo de las coordenadas temporo-espaciales hacia las que se dirija la mirada, varían en términos de su naturaleza, intensidad y resultados, aun si comparten las condicionantes de que conocer transforma y de que existe un circuito gnosis-praxis. Como bien dice Bagú (1999:191): “el conocimiento de lo social humano no es ni un objeto ni un proceso individual exclusivamente, sino que forma parte de la realidad social humana”.

En las décadas de los setenta y ochenta del siglo xx, el binomio neutralidad *versus* compromiso se convirtió en materia recurrente de discusión dentro y fuera de las aulas mexicanas. Ello tuvo que ver, por un lado, con la llegada de científicos sociales latinoamericanos que se refugiaron en nuestro país ante el ascenso de regímenes militares en los suyos y, por el otro, con los saldos que había dejado el movimiento estudiantil de 1968.

Además de las condicionantes históricas que nutrieron los debates respectivos, la hegemonía del pensamiento positivista también ayuda a entender las posiciones encontradas que surgieron a propósito del perfil que debían poseer los estudiosos de la vida en sociedad. Frente a la imagen de que objetividad y neutralidad eran sinónimos, conviene afirmar de manera contundente que remiten a cosas distintas. La búsqueda de la primera siempre es indispensable en el campo del conocimiento y la segunda es una aspiración artificialmente construida para garantizar la meta igualmente artificial de aprehender la esencia de los procesos sin que el sujeto que investiga contamine los resultados a obtener.

La ausencia de objetividad puede identificarse por igual entre quienes asumen posturas comprometidas y entre quienes se definen como neutrales. El reto en uno y otro caso es ir más allá de las preferencias que cada cual tenga para transformar la realidad como objetivo explícito o para pretender que el quehacer científico debe ser ajeno tanto a las fuerzas que empujan en favor del cambio como a las que impulsan las permanencias. En ambos casos la validación de los análisis realizados estará dada por su capacidad para explicar esa realidad, como es y no como quisiéramos que fuera.

En los albores del siglo XXI parecería que los acentos han cambiado, pero si bien la defensa de la neutralidad como horizonte a alcanzar ha perdido peso, su homologación con la objetividad no termina de diluirse. Por ello es importante insistir en la relación que existe entre conocimiento y praxis, y en el compromiso que este supuesto implica para transformar la sociedad (Svampa, 2008) a partir de la construcción de saberes sólidos que, para convertirse en ello, no pueden descansar en empatías o antipatías personales. Habrá quienes frente al hecho de ser sujeto y objeto de la materia que investigamos postulen la obligatoriedad de asumir posturas y prácticas políticas, mientras que otros más, por el contrario, defenderán la aspiración a la neutralidad, pero entre uno y otro extremo queda el reconocimiento, explícito en el primer caso e implícito en el segundo, de que estudiar a la sociedad obliga a hacerlo desde una perspectiva humana, y que esa *blandura científica* no significa menor rigor o valía cognitiva que la ofrecida por la *dureza científica*.

A manera de conclusión

Elegir entre certeza y rigor científicos o especulación y laxitud humanística representa una falsa disyuntiva alimentada por espejismos que en el tercer milenio de nuestra era ya deberían haberse desvanecido. Su persistencia entre amplias capas de estudiosos de la sociedad y el que se les siga reproduciendo en los programas docentes que los forman, invita a revisar cómo se generaron en primera instancia y sobre qué bases contribuyeron a apuntalar imágenes distorsionadas a propósito de las ciencias sociales y las humanidades.

De cara al futuro conviene que nuestras disciplinas replanteen la pertinencia de imitar modelos que nos son ajenos y que, a contracorriente de las ventajas cognitivas con las que suele asociarseles, resultan limitados para aprehender todas las aristas del actuar individual y colectivo. Sea que se les cuestione desde el racionalismo crítico o desde la práctica historiográfica –por recuperar dos de los posicionamientos mencionados en el cuerpo del trabajo–, o desde otras posturas epistémicas, el hecho es que se deben buscar rutas alternas para incorporar dimensiones cualitativas que sólo cobran sentido procesando la subjetividad.

Obviar la complejidad de la dupla sujeto/objeto, entendida como un binomio indivisible que incide en las formas de producir conocimiento, o abstraerla de los resultados obtenidos en el marco de dicho proceso, esconde partes centrales de la realidad. No estoy segura de que el camino a seguir para superar éstas y otras limitaciones de la visión positivista de la ciencia pase por invalidar las lógicas occidentales de investigación con el apoyo de nuevas epistemologías, aunque el simple hecho de plantear tal posibilidad genera espacios de reflexión y debate que contribuyen a ello.

Un ejemplo serían las propuestas que sobre el tema desarrolla Boaventura de Sousa Santos (2006). Su crítica a las formas de razonamiento propias de las culturas del Norte se acompaña de la provocación para identificar, desde el Sur, otras maneras de pensar. Su mirada decolonial está impregnada de la decisión de sentar las bases para un mundo alterno donde no tienen cabida las improntas intelectuales que han acompañado los procesos de conquista y dominación imperial.

Suscribo el transfondo liberador de dicho proyecto, pero mantengo reservas sobre los alcances de su radicalidad en el terreno epistémico. Al dinamizar contradicciones dicotómicas que en efecto suelen ser falsas –“quizás la primera opción que el pensamiento de-colonial ofrece es la de desligarse de la lastra de dualidades (sujeto-objeto, mente-cuerpo, teoría-praxis, naturaleza-cultura), etcétera” (Mignolo, 2008:246)–, se abren vetas de reflexión importantes y necesarias, pero al romper con los criterios de validación tradicionales sin ofrecer a cambio más que la preeminencia del sujeto en los procesos cognitivos, se cae en un particularismo que tampoco contribuye a generar conocimiento sólido y certero: “la opción de-colonial presupone desprenderse de las reglas del juego cognitivo-interpretativo (epistémico-hermenéutico), de los espejismos de la ‘ciencia’ y del control del conocimiento (mediante categorías, instituciones, normas disciplinarias) que hace posible la presunción de objetos, eventos y realidades” (Mignolo, 2008:247).

Para ser congruentes con el cuestionamiento a las dualidades heredadas de la cultura occidental, el sujeto y el objeto sólo pueden entenderse en su interrelación. Aquí se ha insistido en que al hacer a un lado al sujeto, la visión positiva resulta limitada. Conviene añadir que la decolonial cae en el mismo error cuando coloca al objeto en un segundo plano: “La ciencia, en sus variedades naturales y sociales, es una forma de hacer orientada al objeto y no al sujeto, al enunciado y no a la enunciación. La opción de-colonial se vuelca hacia el sujeto enunciante; se desprende de la fe en que el conocimiento válido es aquel que se sujeta a las normas disciplinarias” (Mignolo, 2008:247).

El mismo criterio aplica al desdén positivista por las especificidades culturales y a su ensalzamiento desde las posturas decoloniales (Santos de Sousa, 2006:18). En el primer caso se apuesta a la formulación de leyes universalizantes, mientras que en el segundo se niega la existencia de estas últimas:

No es posible hoy una epistemología general, no es posible hoy una teoría general. La diversidad del mundo es inagotable, no hay teoría general que pueda organizar toda esta realidad. Estamos en un proceso de transición, y probablemente lo posible sea aquello que llamo un universalismo negativo: en este momento, en este tránsito, no necesitamos de una teoría general (Santos de Sousa, 2006:32).

La identificación de monoculturas que producen ausencias para obstaculizar su transmutación en presencias lleva a Santos de Sousa a defender la formulación de una *teoría sobre la imposibilidad de una teoría general*. Del rastreo que en tal sentido realiza Santos de Sousa (2006:23-25) se concluye que: la *monocultura del saber y del rigor* cierra la puerta y termina por destruir al conocimiento no considerado científico; la *monocultura del tiempo lineal* excluye las trayectorias históricas que no coinciden con las de los países desarrollados; la *monocultura de la naturalización de las diferencias* inferioriza aquellas que se alejan de las hegemónicas; la *monocultura de la escala dominante* privilegia lo universal y global sobre lo particular y local; la *monocultura del productivismo capitalista* desecha, en términos de trabajo y naturaleza, lo que se aleja del crecimiento económico y de la productividad mensurada. Como resultado de ello: “Hay cinco formas de ausencia que crea esta razón metonímica, perezosa, indolente: el ignorante, el residual, el inferior, el local o particular, y el improductivo. Todo lo que tiene esta designación no es una alternativa creíble a las prácticas científicas, avanzadas, superiores, globales, universales, productivas” (Santos de Sousa, 2006:26).

Las argumentaciones anteriores y las *ecologías* que de manera embrionaria se sugieren para contrarrestar las ausencias indicadas mezclan dimensiones que, refutando lo que la perspectiva decolonial plantea, a mi juicio rebasan la disputa Norte-Sur. Los puntos cardinales más que como referentes cartográficos se utilizan asociados con procesos históricos, pero negarle cualquier aspiración de universalidad a una *episteme* territorializada en función de estos últimos, implica renunciar a la generación de un conocimiento tan complejo como compleja es la realidad misma y al diseño de estrategias para construirlo que no por haberse formulado inicialmente en un determinado lugar del planeta, ni por responder a intereses creados dejan de ser útiles y válidas.

La antinomia epistemología del Norte *versus* epistemología del Sur reproduce el modelo de dualidades que en principio se critica y el *procedimiento de traducción de saberes* (Santos de Sousa, 2006:31) para hacer dialogar culturas y conocimientos particulares no alcanza a resolver el dilema de universalidad versus particularidad, el cual en todo caso remite a un debate en el que los modelos enfrentados tampoco son asimilables a trayectorias unilineales y homogéneas.

Si la hegemonía del pensamiento positivista ha tenido implicaciones que rebasan el plano filosófico, las propuestas que lo cuestionan a partir de presunciones que reflejan lo que quisiéramos que fuese la realidad y no lo que ésta es, pierden fuerza como estrategia para construir conocimiento en favor del cambio. A mi juicio, apostar por la particularidad relega su vínculo dialéctico con una universalidad que se constituye a partir de heterogeneidades y cuya transformación es posible en la medida en la que ambas dimensiones se mueven entre sí.

Postular un deber ser en el que las inequidades sociales no tienen cabida es un primer paso para su eliminación, lo mismo sucede con la denuncia de las desigualdades estructurales, incluidas las derivadas de la colonialidad y con los posicionamientos asumidos desde el saber académico para que conquistas contra-hegemónicas locales den la batalla a un sistema capitalista globalizado. La interrogante es hasta dónde las relaciones de poder en sus planos económico, político y social tienen margen para revertirse mientras la lógica y mecanismos de reproducción de dicho sistema se mantienen, y en qué medida la negación de los modelos cognitivos que se han generado en su seno logran una síntesis en lugar de convertirse en un reflejo invertido de lo que pretende desecharse.

Cuando para analizar la inmediatez con la intención de prefigurar el futuro se recurre a herramientas teórico-metodológicas en proceso de construcción, el tiempo tiene la última palabra. Por ello considero que el potencial heurístico de la propuesta decolonial sólo podrá evaluarse en su justa dimensión de la mano de una praxis que lo refute o valide. De momento recupero, de la mirada decolonial, la crítica a un modelo de ciencia que separa el conocimiento nomotético del conocimiento idiográfico para valorizar al primero y menospreciar al segundo. Discrepo, en cambio, del recorte que coloca al pensamiento occidental dentro de un mismo cajón y la cultura a la que éste se adscribe es presentada sin matices de por medio, como un bloque que desde la alteridad tendría que combatirse, olvidando que a lo largo del tiempo se han disputado en su interior distintas concepciones del mundo y de las maneras para conocerlo.

Más que combatir molinos de viento asociados con la pertenencia al Norte o al Sur, la asignatura pendiente de las disciplinas cuyo objeto de estudio tiene características humanas y sociales surge del reconocimiento de que el binomio sujeto/objeto es indivisible. Los retos que ello implica para la generación de conocimiento podrán resolverse de mejor manera si en lugar de elegir a uno por encima del otro se acepta que tanto las ciencias “duras” como las “blandas” producen resultados en los que conviven objetividad y subjetividad.

Bajo el mismo argumento, la división entre ciencias sociales y humanidades resulta debatible, el rigor de los procesos cognitivos no descansa en su cercanía con la cuantificación/experimentación, y utilizar tales criterios para validar la solidez de los resultados obtenidos, o señalar la ausencia de los mismos, ha favorecido un juego de simulaciones. La meta original –contribuir a generar conocimiento original sobre la sociedad– parece haber sido desplazada por la necesidad de demostrar la pertenencia a un “olimpico científico” en el que las ciencias blandas siguen viéndose con enorme recelo y, me atrevería a afirmar, difícilmente serán aceptadas.

Bibliohemerografía

- BAGÚ, Sergio (1999), *Tiempo, realidad social y conocimiento*, México, Siglo XXI Editores.
- BUNGE, Mario (1979), *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía*, Barcelona, Ariel.
- CARROU, Alain (2017), “Avant la philosophie médiatique: quand Foucault et Ricoeur rencontraient la télévision”, en *Revue de la Bibliothèque Nationale de France*, vol. 1, núm. 54.
- COMTE, Auguste (2012), *Física social*, Madrid, Akal.
- CORTÉS, Fernando (2000), “Algunos aspectos de la controversia entre investigación cualitativa e investigación cuantitativa”, en *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, núm. 36, agosto.
- DELPECH, María Beatriz (2018), “Un posible acercamiento entre Ricoeur y Foucault: hermenéutica y prácticas del sí”, en *Revista de Humanidades de Valparaíso*, Valparaíso, Chile, año 6, núm. 11.
- DURKHEIM, Émile (2001), *Las reglas del método sociológico*, México, Fondo de Cultura Económica.
- ESCALANTE GONZALBO, Fernando (2016), *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*, México, El Colegio de México.
- FARRÁN, Roque (2014), “Verdad y praxis filosófica en Foucault y Badiou”, en *El banquete de los dioses. Revista de filosofía y teoría política contemporáneas*, vol. 2, mayo-noviembre. Dirección URL: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20140704032733/12_monge.pdf>.
- FOUCAULT, Michel, et al. (1997), “Filosofía y verdad”, en Gabriel ARANZUEQUE (coordinador), *Cuaderno Gris. Monográfico. Horizontes del relato: lecturas y conversaciones con Paul Ricoeur*, época III, vol. 2. Dirección URL: <https://repositorio.uam.es/bitstream/handle/10486/224/22295_Filosof%C3%ada%20y%20verdad.pdf?sequence=1&isAllowed=y>.
- GINZBURG, Carlo (1999), *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e historia*, España, Gedisa.
- KING, Gary, Robert KEOHANE y Sidney VERBA (2000), *El diseño de la investigación social: la inferencia científica en los estudios cualitativos*, Madrid, Alianza Editorial.
- KROTZ, Esteban (1992), “Cerca del grado cero: consideraciones sobre la problemática en la antropología mexicana actual”, en *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, año 8, núm. 15, enero-junio.
- MIGNOLO, Walter D. (2008), “La opción de-colonial: desprendimiento y apertura. Un manifiesto y un caso”, en *Tabula Rasa*, núm. 8.
- MONGE, Emiliano (2014), “Saberes y verdades. La construcción de una política de la

- verdad en Foucault”, en *El banquete de los dioses. Revista de filosofía y teoría política contemporáneas*, vol. 2, mayo-noviembre. Dirección URL: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20140704032733/12_monge.pdf>.
- POPPER, Karl (2005), *The Logic of Scientific Discovery*, Londres, Taylor and Francis.
- PUPO PUPO, Rigoberto (s/f), “La verdad como eterno problema filosófico”. Dirección URL: <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/ar/libros/cuba/if/marx/documentos/22/La%20verdad%20como%20eterno%20problema%20filos%F3fico...pdf>>.
- RADIO-TÉLÉVISION SCOLAIRE (1965), “Philosophie et Vérité. Entretien entre Georges Canguilhem, Jean Hyppolite, Paul Ricoeur, Michel Foucault, Dina Dreyfus y Alain Badiou”, en *YouTube*. Dirección URL: <<https://www.youtube.com/watch?v=v3M0Sj2sJqg>>.
- REDMAN, Deborah A. (1995), “La teoría de la ciencia de Karl Popper: auge y caída de la ingeniería social”, en *Cuadernos de Economía*, vol. XIV, núm. 23.
- SÁNCHEZ DE PUERTA TRUJILLO, Fernando (2006), “Los tipos ideales en la práctica: significados, construcciones, aplicaciones”, en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, núm. 11.
- SANTOS DE SOUSA, Boaventura (2006), “La Sociología de las Ausencias y la Sociología de las Emergencias: para una ecología de saberes”, en Boaventura DE SOUSA SANTOS, *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, Buenos Aires, CLACSO.
- SUÁREZ-ÍNIGUEZ, Enrique (2008), “Las fallas de Popper. Una crítica”, en *Andamios. Revista de Investigación Social*, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México, vol. 5, núm. 9, diciembre.
- SVAMPA, Maristella (2008), “Reflexiones sobre la sociología crítica en América Latina y el compromiso intelectual”, en Maristella SVAMPA, *Cambio de época, movimientos sociales y poder político*, Buenos Aires, CLACSO/Siglo XXI.
- VELÁZQUEZ, Christian (2006), “Augusto Comte, fundador de la Sociología”, en *Elementos: ciencia y cultura*, vol. 13, núm. 63.
- WEBER, Max (1979), *El político y el científico*, Madrid, Alianza.
- WEBER, Max (2001), *Ensayos sobre metodología sociológica*, Buenos Aires, Amor-ortu.
- ZEMELMAN, Hugo (2011), *Conocimiento y sujetos sociales. Contribuciones al estudio del presente*, La Paz, Bolivia, OXFAM/Vicepresidencia de la República/III-CAB.

Recibido: 24 de febrero de 2020

Aprobado: 5 de junio de 2021